



Vicens Vives

Accede al catálogo de  
Literatura 2020

# El Cid

Adaptación de GERALDINE McCAGHREAN Y ALBERTO MONTANER  
Ilustraciones de VICTOR G. AMBRUS



Vicens Vives - El Cid (Clásicos Adaptados) - ISBN: 9788468205984

**Accede al catálogo de  
Literatura 2020**

# El Cid

Accede al catálogo de Literatura 2020



Colección dirigida por  
Francisco Antón

[\*\*Accede al catálogo de  
Literatura 2020\*\*](#)

Geraldine McCaughrean  
Alberto Montaner

# El Cid

Ilustrado por Victor G. Ambrus

Introducción,  
notas y glosarios

Alberto Montaner

Accede al catálogo de  
Actividades  
Literatura 2020  
Concepción Salinas



Vicens Vives

Primera edición, 2000  
Segunda edición, 2001  
Reimpresiones, 2003, 2004, 2005, 2005  
2006, 2006, 2007, 2007, 2009, 2010  
Tercera edición, 2011

Depósito Legal: B. 29.175-2011  
ISBN: 978-84-682-0598-4  
Nº de Orden V.V.: DR20

© OXFORD UNIVERSITY PRESS  
Sobre el texto literario y las ilustraciones.  
**Literatura 2020**  
© GERALDINE McCAGHREAN, 1989  
Sobre el texto literario.

© ALBERTO MONTANER  
Sobre el texto literario, la introducción, las notas y los glosarios.

© VICTOR G. AMBRUS, 1989  
Sobre las ilustraciones al texto literario.

© CONCEPCIÓN SALINAS  
Sobre las actividades.

© EDICIONES VICENS VIVES, S.A.  
Sobre la presente edición según el art. 8 del Real Decreto Legislativo 1/1996.

Obra protegida por el RDL 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la LEY 23/2006, de 7 de julio. Los infractores de los derechos reconocidos a favor del titular o beneficiarios del © podrán ser demandados de acuerdo con los artículos 138 a 141 de dicha Ley y podrán ser sancionados con las penas señaladas en los artículos 270, 271 y 272 del Código Penal. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluidos los sistemas electrónicos de almacenaje, de reproducción, así como el tratamiento informático.

Reservado a favor del Editor el derecho de préstamo público, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso de este ejemplar.

IMPRESO EN ESPAÑA  
PRINTED IN SPAIN

Editorial VICENS VIVES. Avda. de Sarriá, 130. E-08017 Barcelona.  
Impreso por Gráficas INSTAR, S.A.



# ÍNDICE



## INTRODUCCIÓN

Rodrigo el Campeador, personaje histórico .....	7
El Cid, mito literario .....	21
El «Cantar de mio Cid» .....	26
La adaptación .....	32

## EL CID

Un episodio vergonzoso .....	37	
Desterrado .....	45	
Un vuelco de la fortuna .....	55	
El sitiador sitiado .....	67	
<i>¡Sidi!</i> .....	<i>Accéde al catálogó de Literaturá 2020</i> .....	79
El precio de la libertad .....	88	
El botín de Valencia .....	101	
La reconciliación .....	120	
Los héroes cobardes .....	133	
La afrenta de Corpes .....	146	
La venganza del Cid .....	158	
Atentado en la boda .....	173	
A caballo hasta el fin del mundo .....	184	
<i>Mapa</i> .....	194	
<i>Vocabulario</i> .....	195	
<i>Notas</i> .....	200	
<i>Personajes</i> .....	209	

## ACTIVIDADES

Guía de lectura .....	215
De la historia a la literatura .....	224
Temas, personajes y composición .....	226



EL CID CAMPEADOR

# INTRODUCCIÓN

## RODRIGO EL CAMPEADOR, PERSONAJE HISTÓRICO

Los héroes de las epopeyas y gestas antiguas y modernas son en muchos casos fruto de la imaginación individual o colectiva. Algunos de ellos, no obstante, están inspirados en personas de carne y hueso cuya fama las convirtió en figuras legendarias, hasta el punto de que resulta muy difícil saber qué hay de histórico y qué de inventado en el relato de sus hazañas. En este, como en tantos otros terrenos, el caso del Cid es excepcional. Aunque su biografía corrió durante siglos entreverada de leyenda, hoy conocemos su vida real con bastante exactitud e incluso poseemos, lo que no deja de ser asombroso, un autógrafo suyo, la firma que estampó al dedicar a la Virgen María la catedral de Valencia en «el año de la Encarnación del Señor de 1098». En dicho documento, el Cid, que nunca utilizó oficialmente esa designación, se presenta a sí mismo como «el príncipe Rodrigo el Campeador». Veamos cuál fue su historia.

[Accede al catálogo de  
Literatura 2020](#)

### Ascendientes

Rodrigo Díaz nació, según afirma una tradición constante, aunque sin corroboración documental, en Vivar, hoy Vivar del Cid, un lugar perteneciente al ayuntamiento de Quintanilla de Vivar y situado en el valle del río Ubierna, a diez kilómetros al norte de Burgos. La fecha de su nacimiento es desconocida, algo frecuente cuando se trata de personajes medievales, y se han propuesto dataciones que van de 1041 a 1057, aunque parece lo más acertado situarlo entre 1045 y 1049. Su padre, Diego Laínez (o Flaínez), era, según todos los indicios, uno de los hijos del magnate Flaín Muñoz, conde de León en torno al año 1000. Como era habitual en los se-

gundones, Diego se alejó del núcleo familiar para buscar fortuna. En su caso, la halló en el citado valle del Ubierna, en el que se destacó durante la guerra con Navarra librada en 1054, reinando Fernando I de Castilla y León. Fue entonces cuando adquirió las posesiones de Vivar en las que seguramente nació Rodrigo, además de arrebatarles a los navarros los castillos de Ubierna, Urbel y La Piedra. Pese a ello, Diego Laínez nunca perteneció a la corte, posiblemente porque su familia había caído en desgracia a principios del siglo XI, al sublevarse contra Fernando I. En cambio, su hijo Rodrigo fue pronto acogido en ella, pues se crió como miembro del séquito del infante don Sancho, el primogénito del rey. Con él participó Rodrigo en el que posiblemente fue su primer combate, la batalla de Graus (cerca de Huesca), en 1063. En aquella ocasión, las tropas castellanas habían acudido en ayuda del rey moro de Zaragoza, protegido del rey castellano, para detener el avance del rey de Aragón, Ramiro I.

### Lucha por el poder

Fernando I siguió la vieja costumbre de testar a favor de todos sus hijos, por lo que, al fallecer el ~~rey de Aragón~~ <sup>Alfonso VI</sup> heredó Castilla, Alfonso obtuvo León, y García recibió ~~la mitad de la corona~~ <sup>Girón</sup> igualmente, legó a cada uno de ellos el protectorado sobre determinados reinos andalusíes, de los que recibirían el tributo de protección llamado *parias*. El equilibrio de fuerzas era inestable y pronto comenzaron las fricciones, que acabaron conduciendo a la guerra. En 1068 Sancho II y Alfonso VI se enfrentaron en la batalla de Llantada, que no resultó decisiva. En 1071, Alfonso logró controlar Galicia, que quedó nominalmente repartida entre él y Sancho; pero esto no lo acabó con los enfrentamientos y, en la batalla de Golpejera (1072), Sancho venció a Alfonso y se adueñó de su reino. El joven Rodrigo (que a la sazón andaría por los veintitrés años) se destacó en esos combates, en los que, según una vieja tradición, actuó como alférrez o abanderado de don Sancho, aunque en los documentos de la época nunca consta con ese cargo. En cambio, es bastante probable que ganase entonces el sobrenombre de *Campeador*, es decir, 'el Batallador', que le acompañaría toda su vida, hasta el punto de ser habitualmente conocido, tanto entre cristianos como entre musulmanes, por Rodrigo el Campeador. Después de la derrota de



Accede al catálogo de  
Literatura 2020

*Fernando I, rey de Castilla y León.*

don Alfonso (que logró exiliarse en Toledo), Sancho II había reunificado los territorios regidos por su padre. Sin embargo, no disfrutaría mucho tiempo de la nueva situación. A finales del mismo año de 1072, un grupo de nobles leoneses descontentos, agrupados en torno a la infanta doña Urraca, hermana del rey, se alzaron contra él en Zamora. Don Sancho acudió a situar la ciudad con su ejército, cerco en el que Rodrigo realizó también notables acciones, pero que al rey le costó la vida, al ser abatido en un audaz golpe de mano por el caballero zamorano Bellido Dolfos.

## Al servicio de Alfonso VI

La imprevista muerte de Sancho II hizo que el trono pasara a su hermano Alfonso VI. Las leyendas del siglo XIII han transmitido la célebre imagen de un severo Rodrigo que, tomando la voz de los desconfiados vasallos de don Sancho, obliga a jurar a don Alfonso en la iglesia de Santa Gadea (o Águeda) de Burgos que nada tuvo que ver en la muerte de su hermano, osadía que le habría ganado la duradera enemistad del nuevo monarca. Pero lo cierto es que nadie exigió semejante juramento al rey y que el Campeador, que figuró regularmente a la corte, gozaba de la confianza de Alfonso VI, quien lo nombró **Acudio a la corte** **Literatura 2020** jefe de los pleitos asturianos en 1075. Es más, por esas mismas fechas (en 1074, seguramente), el rey lo casó con una pariente suya, su prima tercera doña Jimena Díaz, una noble dama leonesa que, al parecer, era además sobrina segunda del propio Rodrigo por parte de padre. Un matrimonio de semejante alcurnia era una de las aspiraciones de todo noble que no fuese de primera fila, lo cual revela que el Campeador estaba cada vez mejor situado en la corte.

Así lo demuestra también que don Alfonso lo pusiese al frente de la embajada enviada a Sevilla en 1079 para recaudar las parias que le adeudaba el rey Almutamid, mientras que García Ordóñez (uno de los garantes de las capitulaciones matrimoniales de Rodrigo y Jimena) acudía a Granada con una misión similar. Mientras Rodrigo desempeñaba su delegación, el rey Abdalá de Granada, secundado por los embajadores castellanos, atacó al rey de Sevilla. Como éste se hallaba bajo la protección de Alfonso VI, el Campeador tuvo que salir en defensa de Almutamid y derrotó a los invasores junto a la localidad de Cabra (en la actual provincia de Córdoba).



«*La Jura en Santa Gadea*», de Marcos Hiráldez Acosta, reproduce la escena en que don Rodrigo obliga a jurar al rey Alfonso que no tuvo parte en la muerte de su hermano Sancho.

ba), capturando a García Ordóñez y a otros magnates castellanos. Según una versión tradicional, [Accede al catálogo de Literatura 2020](#) los altos oficiales sentó muy mal que Rodrigo venciera a uno de los más fuertes rivales, por lo que empezaron a murmurar de él ante el rey. Sin embargo, no es seguro que la derrota de García Ordóñez provocase hostilidad contra el Campeador, entre otras cosas porque a Alfonso VI le interesaba, por razones políticas, apoyar al rey de Sevilla frente al de Badajoz, de modo que la participación de sus nobles en el ataque granadino no debió de gustarle gran cosa.

De todos modos, fueron similares causas políticas las que hicieron **caer en desgracia** a Rodrigo. En esos delicados momentos, Alfonso VI mantenía en el trono de Toledo al rey títere Alqadir, pese a la oposición de buena parte de sus súbditos. En 1080, mientras el monarca castellano dirigía una campaña destinada a afianzar en el gobierno a su protegido, una incontro-lada partida andalusí procedente del norte de Toledo se adentró por tierras sorianas. Rodrigo no sólo hizo frente a los saqueadores sino que los persiguió con su mesnada más allá de la frontera, lo que, en principio, era sólo una operación rutinaria. Sin embargo, en tales circunstancias políticas, el ataque castellano iba a servir de excusa para la facción contraria a Alqadir



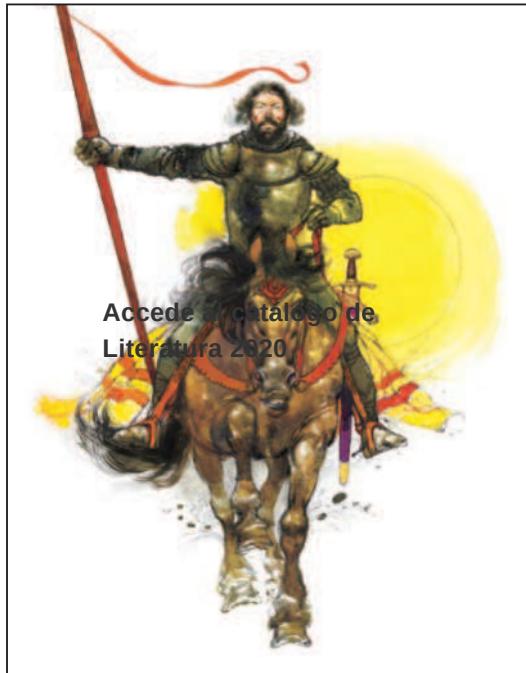
A la izquierda, sepulcro de Sancho II (monasterio de San Salvador, Burgos); a la derecha, Alfonso VI.

y a Alfonso VI. Además, los restantes reyes de taifas se preguntarían de qué servía pagar las partidas, si eso no les garantizaba la protección. Al margen, pues, de que interviniesen en el asunto García Ordóñez (que era conde de Nájera) u otros cortesanos opuestos a Rodrigo, el rey debía tomar una decisión ejemplar al respecto, conforme a los usos de la época. Así que desterró al Campeador.

### El exilio

Rodrigo Díaz partió al **exilio** seguramente a principios de 1081. Como otros muchos caballeros que habían perdido antes que él la confianza de su rey, acudió a buscar un nuevo señor a cuyo servicio ponerse, junto con su mesnada. Al parecer, se dirigió primeramente a Barcelona, donde a la sazón gobernaban dos condes hermanos, Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II, quienes no consideraron oportuno acogerlo en su corte. El exiliado castellano optó entonces por encaminarse a la **taifa de Zaragoza** y ponerse a las órdenes de su rey. No ha de extrañar que un caballero cristia-

# El Cid



Accede al catálogo de  
Literatura 2020

**Accede al catálogo de  
Literatura 2020**



## Un episodio vergonzoso

**H**abía tantas velas encendidas sobre la mesa del rey que empezaron a reblanecerse en su propio calor y a inclinarse hacia los lados como una pandilla de borrachos. Accede al catálogo de Literatura 2020 Llovía a lágrima maría pequeñas lagunas entre los cuertos de plata y caía poco a poco sobre el pelo de un noble caballero a quien el exceso de vino había dejado postrado y dormido sobre su plato.

El propio rey había bebido demasiado. Intentó apoyar un brazo en la mesa, pero su codo resbaló, y don Alfonso casi se da de bruces contra su copa. Al rey le disgustó que don Rodrigo Díaz de Vivar se hubiera percatado de su desliz.

—¿Qué os sucede, don Rodrigo? —exclamó—. ¿Acaso os desagrada el sabor de nuestro vino?

Hacia la mitad de la mesa, don Rodrigo, un caballero alto y ceñudo, con una barba austera e impoluta,\* permanecía sentado con la espalda muy recta en su dura silla de roble. Era un hombre corpulento y nervudo.\* La piel que rodeaba sus ojos estaba tan arrugada a causa del ardiente sol de la meseta que el caballero parecía mirar de hito en hito\* a cuantos le rodeaban. Don Rodrigo no había llegado a tocar su segunda copa de vino, que permanecía llena junto a su limpio plato de comensal.

—Igual que un cuervo —murmuró el rey.

—¿Cómo habéis dicho, mi señor? —preguntó don Rodrigo.

—He dicho que picoteáis la comida lo mismo que los cuervos.

El rey estaba molesto con don Rodrigo. Las malas lenguas decían que el de Vivar se había apropiado de una parte de los tributos que él mismo había ido a recaudar a Sevilla por encargo del rey Alfonso. Durante su estancia en la capital mora, además, el Campeador había ayudado al rey Almutamid a combatir al ejército granadino, que a su vez había recibido refuerzos del conde García Ordóñez. Don Rodrigo infligió una severa derrota al conde y lo mantuvo prisionero durante tres días. Aquel agravio contra un miembro de la alta nobleza castellana provocó el enojo de la corte, y el malestar se respiraba ahora en el banquete real.<sup>1</sup>

No toda la nobleza, sin embargo, mostraba una conducta ejemplar. En ese momento los infantes\* Diego y Fernando, enzarzados en una reyerta, acababan de rodar bajo la mesa. Algunos comensales, con los estómagos atiborrados por la copiosa\* comida y medio adormilados por el vino, contemplaron impávidos\* a los infantes y apenas reaccionaron ante el estrépito de los cuencos y tazones que se hacían añicos al caer de la mesa.

El conde Ordóñez, probablemente 2020 el único cortesano que aún se mantenía sobrio, metió la cabeza entre sus rodillas y susurró a sus sobrinos:

—¡Basta ya, infantes! ¿Habéis perdido el juicio? ¡El rey os castigará por este escándalo! ¡Vais a ser la ruina de nuestra familia!

El rostro del monarca estaba cada vez más rubicundo\* a causa del vino y de la rabia contenida por la conducta infantil de Diego y Fernando. Y el conde Ordóñez, para evitar que el descrédito enturbiese la reputación de su familia, intentó distraer la atención del rey disparando un dardo afilado contra don Rodrigo:

—Supongo que los pobres chicos están desconcertados por el hedor\* a labriego\* que impregna este salón. ¿No lo habéis notado, Ruy Díaz?<sup>2</sup>

De repente se hizo un silencio sepulcral. Los comensales habían advertido la gravedad del insulto y miraron al rey, preguntándose en qué pararía todo aquello. Don Rodrigo no pareció inmutarse, pero, tras una breve pausa, volvió la vista al conde y le preguntó:

—¿Qué queréis dar a entender con vuestras palabras, conde Ordóñez?

—Sencillamente, que entre nosotros hay un campesino advenedizo\* que no puede evitar oler de forma distinta, por más que a su padre lo nombraran caballero por méritos de guerra.

El rey no mudó el semblante, pero sus ojos brillaron de alegría al advertir que el codo de don Rodrigo resbalaba sobre el brazo de su sillón. El caballero de Vivar estaba atónito,\* pero dijo con calma bien estudiada:

—¿No estaréis sugiriendo, conde Ordóñez, que nuestro amado rey Fernando, cuya muerte tanto hemos llorado, se equivocó al nombrar caballero a mi padre por los servicios prestados a la Corona?<sup>3</sup>

El rey frunció el ceño. Era un buen argumento. ¿Cómo iba a atreverse el conde Ordóñez a contradecir a don Rodrigo sin incurrir en algo que sonase a una traición al soberano?

—¿Vuestro padre? ¿Pero es que llamáis «padre» a aquel hombre? He oído decir que vuestra madre apenas tuvo tiempo de llegar a la iglesia antes de que vos nacierais.<sup>4</sup>

La sala se llenó con los gritos de protesta de algunos comensales y las sonoras carcajadas de otros. A causa de la algarabía, los perros dormidos junto al fuego despertaron de pronto y se pusieron a ladrar alborotados.

El rey Alfonso se sabía la obligación de evitar que el conde Ordóñez siguiera pronunciando aquellos insultos ultrajantes,\* pero el sopor del vino le impedía dar con las palabras apropiadas. Además, permanecía absorto observando cómo los nudillos de la mano que don Rodrigo apretaba contra el brazo de su sillón iban empalideciendo.

—Os ruego que os expliquéis con mayor claridad, querido conde —dijo don Rodrigo con una voz severa que contradecía su aparente calma—. ¿Qué queréis dar a entender con vuestras palabras?

El conde se vio en un aprieto. Era demasiado tarde para presentar excusas, pues sabía muy bien que había sobrepasado con creces los límites de la cortesía más elemental. Pero le bastó mirar al rey para comprender que no corría ningún peligro, así que se apoyó sobre la mesa y acercó su pálida cara a aquellas hermosas facciones atezadas\* por el sol.

—Estoy diciendo que sois un bastardo, Rodrigo de Vivar: eso es lo que digo.

—Comprendo.

La réplica fue distendida: tenía el tono propio de una conversación cotidiana y banal. Pero al instante se hizo evidente la intensa irritación de don Rodrigo, cuyos pómulos no se habían visto alterados por el vino. De pronto, el caballero agarró la barba del conde, tiró con fuerza de ella y la metió sin titubeos en una copa de vino.

Aquello fue todo. No hubo más. Todo lo que don Rodrigo hizo fue tirar de la barba del conde. Sin embargo, el insulto resonó en las montañas más altas, dispersó las cenizas de los hogares en las casas solariegas\* y recorrió los panteones de las familias nobles golpeando con fuerza en la tumba de los muertos. Los espíritus de los antiguos ricoshombres\* y condes de Castilla salieron con furia del camposanto y lanzaron a los cuatro vientos un clamor de indignación.<sup>5</sup>

—Lo habéis visto, ¿verdad? —tartamudeó el conde Ordóñez mientras el vino resbalaba por su barba y teñía su pecho de rojo—. ¿Habéis visto lo que ha hecho, mi señor?

El rey dirigió una mirada severa a don Rodrigo.

—Sí, lo he visto —dijo.

—¡El bastardo me ha mesado\* la barba! —protestó el conde—. ¡Ese labriego ha ofendido a mí! Accede al catálogo de Literatura 2020 ¡Ese hijo de destripaterrones\* y de pazpuerca\* me ha escarnecido!\* ¡A mí, al conde García Ordóñez!

El rey se levantó, y los pocos comensales que aún permanecían sentados intentaron ponerse en pie.

—Lo hemos visto, conde Ordóñez —repitió el rey, adoptando un tono solemne y el plural mayestático,\* que subrayaba la gravedad de sus palabras—, y, al tiempo que nos estremecemos por vuestra causa, nos apenamos por vuestros antepasados, cuya memoria también se ha visto afrentada. Rodrigo de Vivar, sabed que nos habéis disgustado gravemente.

Puesto ya en pie, don Rodrigo extendió sus grandes manos en actitud de súplica.

—¿El corazón del rey —exclamó— no siente pena alguna hacia mis difuntos padres, cuyo buen nombre ha sido infamado?

—¡No! —gritó el monarca con todas sus fuerzas—. No queremos volver a veros. Nunca fuisteis de nuestro agrado. Partid de esta tierra de Dios y no volváis jamás. De lo contrario, seréis condenado a muerte.<sup>6</sup>



Accede al catálogo de  
Literatura 2020

Incluso los perros interrumpieron sus ladridos ante las exclamaciones de sorpresa y de consternación que invadieron la sala.

—¿Don Rodrigo desterrado...?

—¿El buen caballero de Vivar desterrado...?

—¿El Campeador desterrado...?<sup>7</sup>

—¿El mejor soldado de Castilla desterrado...?

—¿Por defender a su santa madre...?

Los perros se pusieron a ladrar con gran estruendo.

—¿Desterrado...? —murmuró don Rodrigo, incrédulo.

—Si no salís de Castilla antes de nueve días, contados a partir de esta medianoche, Nos ordenaremos a nuestros soldados que os prendan. Y todos aquellos que en Castilla intenten ayudaros a poneros a salvo serán condenados a muerte.<sup>8</sup> Vuestra actitud me ha convencido de que la nobleza se lleva en la sangre. Y vos no sois, desde luego, un verdadero caballero...

En la puerta de la sala, los infantes Diego y Fernando sonreían con complacencia al tiempo que blandían amenazadoramente sus cuchillos de comensales ante don Rodrigo. Cuando el caballero se dispuso a salir, le cerraron el paso. Don Rodrigo levantó la mano derecha y abofeteó con desdén a los dos muchachos. Accede al catálogo de Literatura 2020 Al suelo por la fuerza de los golpes.

«No he debido permitir que el vino acabara con los modales refinados de la corte», se dijo el rey mientras percibía el desconcierto en el rostro de algunos de sus invitados y les oía murmurar sobre su modo de impartir justicia. «¡Malditos borrachos!», pensó, mirando a otros nobles dominados aún por el sopor del vino. «¡Dios sabe cuándo volverá a entrar en este salón un hombre tan entero y cabal como don Rodrigo!».

«Le pediré que vuelva y le perdonaré», se dijo aquella noche mientras trataba de conciliar el sueño.

Pero otra voz en su interior le respondió:

«¿Por qué habrías de hacerlo? ¿Acaso don Rodrigo ha solicitado clemencia? ¿Acaso ha presentado disculpas al conde? No. Por otro lado, su presencia nunca te fue del todo grata. No olvides qué incómodas te resultaron siempre su terca sobriedad de labriego, su moderación en la bebida, aquella irreprochable devoción que lo impulsaba a rezar a todas horas... ¡Sí, que se marche!».



Selección de la colección de  
Literatura 2020

«Pero tal vez su partida no nos beneficie», reflexionó el rey. «¡Podría buscar venganza, pedir ayuda a esos moros sin Dios que ocupan media España y saquear luego nuestras tierras aliado con ellos! ¡Rodrigo es tan buen soldado!... Por otra parte, es probable que algunos nobles de mi corte me hayan tomado por un rey injusto. ¡Maldita sea!, ¿qué debo hacer?».

Al fin, las dudas del monarca se resolvieron en una leve sonrisa:

«¡Ya lo tengo!», se dijo. «Me mostraré generoso con su bella esposa y con sus dos hijas, permitiéndoles que permanezcan en la finca familiar de Vivar. Es merced suficiente para un campesino aficionado a tirar de las barbas ajenas».



Accesos al catálogo de  
Literatura 2020

# Desterrado

**E**n las casas de Vivar las perchas quedaron vacías como cuernos de todo cuando los vasallos\* de don Rodrigo descolgaron sus capas de piel y sus mantos de lana para seguir a su señor en su destierro. En las estrechas callejuelas del lugar resonaron los cascós de los caballos y de las mulas que habían descansado en los establos durante meses.

Vivar se hallaba en un valle a orillas del río Ubierna. En lo alto de la población se levantaba la silueta gris de la iglesia de Santa María. En su espadaña\* sonaba sin cesar una campana, cuyo tañido parsimonioso y monótono parecía decirles a las gentes: «El rey ha dictado sentencia... El rey ha dictado sentencia...». Frente a la casa solariega\* que iba a abandonar, don Rodrigo abrazó a su señora. [Accede al catálogo de Literatura 2020](#) le secó las lágrimas.

—Debo viajar al sur —le dijo—. A las tierras de los moros sin Dios y lejos de esta sagrada Castilla y de la luz de vuestros ojos y de los de mis adoradas hijas. Pero recordad una cosa: por la noche, las mismas estrellas\* nos mirarán a vos y a mí hasta que volvamos a estar juntos.

—¡Pero el exilio es una pena demasiado severa para una ofensa tan leve! —protestó doña Jimena, que no lograba resignarse a su destino adverso.

—El conde me ofendió gravemente —explicó su esposo—. De lo contrario, jamás le hubiera tirado de las barbas. Tuve la mala fortuna de que el rey se pusiera de su parte. Eso fue todo. El cielo es testigo de que no pronuncié una sola palabra que pudiera interpretarse como una queja o como una traición. Soy vasallo de don Alfonso, así que siempre haré su voluntad. Debo sobrellevar mis sufrimientos como un caballero.

Entonces, don Sancho, el abad del monasterio de San Pedro de Cardeña,<sup>9</sup> donde iba a recogerse por el momento la familia de don Rodrigo, salió por el portón de la casona llevando de la mano a las dos pequeñas hijas del

Campeador. Nada más verlas, el caballero dejó caer lasbridas que acababa de coger para ponérselas a su caballo y estrechó a las dos niñas contra su pecho.

—¡Elvira, Sol! —exclamó—. Vuestro padre tiene que marcharse, pero ya veis que os dejo en buenas manos. El abad os llevará a su hermoso monasterio y allí será para vosotras un padre tan afectuoso como yo. Portaos bien y cuidad a vuestra madre. Procurad mantenerla animada, y acordaos siempre de rezar vuestras oraciones.

—Sí, padre.

—Y de estudiar vuestros libros.

—Sí, padre.

—Y, si por alguna razón yo no volviera, debéis intentar recordar mi rostro. ¿Lo haréis?

—¿Si no volvéis, padre...?

Antes de que don Rodrigo pudiera decir nada más, doña Jimena tomó a las dos niñas de la mano y, con los ojos arrasados de lágrimas, le dijo a su esposo:

—Es hora de partir: [Accede al catálogo de Literatura 2020](#) os espera.

Don Rodrigo se limitó a [Literatura 2020](#) la cabeza, procurando contener la emoción. Después, ensilló a Babieca, su hermoso y altivo caballo, y se ciñó en los talones de las botas sus brillantes espuelas de hierro.

—Tenéis razón, señora. Mis oraciones os harán compañía hasta que vuelva a casa o envíe a alguien a buscaros para que os unáis a mí. ¿Quién sabe? Quizá en mi ausencia encuentre un marido adecuado para cada una de nuestras hijas. ¿Qué decís vos a eso, don Sancho?

El abad se colocó tras el caballo de don Rodrigo, de modo que nadie pudiese ver las escasas monedas que el señor de Vivar le entregaba.

—Ahí tenéis toda la hacienda de la que dispongo —dijo el caballero—. Pase lo que pase, cuidad de mi esposa y mis hijas. En cuanto me sea posible os enviaré más dinero.

El monje se había inclinado para besar la mano de don Rodrigo cuando su boca dejó escapar una sonora carcajada:

—¿Y qué haréis para conseguir dinero? —preguntó—. ¿Esquilar cordeños para los moros? ¿Plantar trigo y calabazas en el predio\* de un infiel? Sé

muy bien el tipo de aventuras que buscáis... Pero, decidme, ¿cómo pensáis pagar a vuestros hombres y proporcionarles alimentos si me entregáis a mí toda vuestra fortuna?

—No os preocupéis por eso —respondió don Rodrigo—; tengo ciertos planes. ¿Veis ese baúl forrado de cuero repujado\* que está atado a la mula gris?

El abad echó un vistazo al baúl mientras don Rodrigo se inclinaba hacia el monje para susurrarle algo al oído.

—Veo que, a pesar de vuestro destino adverso —sonrió el abad tras escuchar al caballero—, no habéis perdido vuestro sentido del humor. Pero es mejor que no malgastéis vuestro tiempo contándome artimañas de villanos. Cuando mañana salga la luna, tenéis que haber abandonado Castilla, so pena de muerte, así que es mejor que partáis cuanto antes.

Don Sancho bendijo a su amigo con la señal de la cruz.

—Sois rico en amigos, pero pobre en oro —le dijo a continuación—. Os confieso que temo por vos. Pero, si ponéis tierra por medio, la ira del rey no logrará alcanzaros.

Don Rodrigo asintió Accede al catálogo de Literatura 2020 con la cabeza y chasqueó la lengua para poner su caballo al trote. No se movió ni miró hacia atrás ni agitó la mano al salir de Vivar. A duras penas podía soportar el dolor de separarse de su amada familia. Tenía los ojos bañados en lágrimas y sentía en el corazón la grave congoja de verse desterrado para siempre.

—¡Levantad el ánimo, don Rodrigo! —le alentó Álvar Fáñez—, que no hay hombre nacido de mujer con más temple y valor que vos! Bien sabéis que Dios proveerá y que pronto os reuniréis con vuestra familia.

La ciudad de Burgos se encontraba muy cerca de Vivar, y en ella todo el mundo conocía muy bien a don Rodrigo. Sus habitantes habían visto cientos de veces el rostro largo y enjuto del caballero y sus ojos entornados contra el fulgor del llano como los de un marinero ante el resplandor del mar. Sin embargo, las puertas de todas las casas de Burgos permanecieron cerradas a cal y canto al paso de don Rodrigo y de sus hombres. No había ni un alma en las calles polvorrientas, y nadie se asomaba a las ventanas. El silencio sepulcral de la ciudad sólo se rompía a veces por el ladrido triste



Acceso al catálogo de  
literatura 2020

de un perro o el rumor de las ropas recién lavadas que flameaban\* en algún tendedero.

—¿Pero qué ocurre aquí? —exclamó don Rodrigo.

Nadie respondió: la voz del caballero se elevó por los aires y volvió a caer como un pájaro herido sin que nadie quisiera escucharla. Don Rodrigo se volvió hacia el amigo en quien más confiaba y le dijo:

—¡Corren malos tiempos, mi querido Álvaro!<sup>10</sup> ¡Acaso una ciudad pue-  
de morir de la noche a la mañana, como un árbol helado por la escarcha?

Tan intrigado como don Rodrigo, Álvar Fáñez no respondió. Espoleó su pequeña yegua ruana\* calle arriba y calle abajo, gritando hacia las venta-  
nas:

—¡Eh, abrid! ¿No hay nadie ahí? ¡Tened un poco de consideración!  
¡Demostrad vuestra hospitalidad! ¿Es que no hay en esta ciudad quien quiera decir adiós al señor de Vivar y venderle de paso una hogaza de pan para su viaje?

A la vista de que nadie respondía, don Rodrigo le dijo a Álvar Fáñez:

—Vamos a casa del molinero. Es amigo mío y seguro que nos propor-  
cionará pienso para las caballerías.

Pero la puerta del almacén estaba trancada y los postigos de las venta-  
nas se encontraban cerrados como los ojos de quien duerme. Don Rodrigo distinguió un rumor de pasos en el interior y perdió la paciencia. Avanzó a caballo hacia la puerta y la golpeó con las botas sin quitarse las espuelas. A la segunda sacudida, la rodaja\* de una de ellas cayó al suelo como una es-  
trella fugaz; de pronto, como surgida de la nada, apareció una muchachita que recogió la espuela y la colocó en la mano abierta de don Rodrigo. En el rostro de la niña no se dibujó ninguna sonrisa, y sus ojos miraron con desconfianza a derecha e izquierda como un ladrón que teme ser descu-  
bierto en flagrante delito.

—Muchas gracias, pequeña —dijo don Rodrigo—. Dime, ¿acaso estás sola en esta gran ciudad? ¿Es que nadie salvo tú se atreve a saludarme y a ofrecerme su amistad?

La pequeña se estrujó el delantal con ambas manos y, cuando al fin se dispuso a hablar, las palabras surgieron de su boca a borbotones, como el agua que brota de una fuente:



Accede al catálogo  
Literatura 2020

—El rey mandó ayer una orden sellada —dijo—. Nadie debe hablar contigo ni ayudarte ni darte cobijo ni ofrecerte comida o bebida, ni siquiera paja para tus caballos. El rey envió esa orden. A quienquiera que te abra sus puertas le quitarán su casa, le arrancarán los ojos, le cortarán la cabeza y su cuerpo será enterrado fuera del seno de la Iglesia y sin funeral.<sup>11</sup> Lo siento mucho, caballero don Rodrigo, ¡lo siento mucho!

La niña salió corriendo y se perdió tras una esquina después de que sus pies levantaran una pequeña nube de polvo. En la calle desierta, don Rodrigo sintió de pronto toda la amargura del destierro. Comprendió que se hallaba dolorosamente desgajado de su casa solariega. Lo habían separado de su hogar del mismo modo que el brazo se separa del cuerpo del guerrero cuando la espada lo corta a cercén; lo habían alejado de los suyos al igual que la espiga se aleja del tallo cuando el labriego siega el trigo.

Babieca agitó el testuz y don Rodrigo apretó las espuelas contra sus ijares.\*

—¡Adelante, Álvar Fáñez! ¡En marcha, mis fieles! Y bendecid a Dios en vuestros corazones por habernos enviado estas calamidades, porque de esa manera nuestras almas se endurecerán como espadas forjadas al fuego.

Solo cuando el señor Literatura 2020 a galope de la ciudad, las ventanas y las puertas de Burgos se abrieron poco a poco y centenares de cabezas pesarosas se asomaron para ver partir a don Rodrigo.

—¡Qué grave error ha cometido el rey Alfonso! —murmuraban las gentes de la ciudad; y, al contemplar admirados la figura de don Rodrigo, añadían: —¡Qué buen vasallo sería... si tuviese un buen señor!

Como no había en Burgos nadie que se atreviera a cobijarlo bajo su techo, aquella noche don Rodrigo acampó en la ribera del río y envió a algunos de sus hombres a cazar conejos y pescar peces para la cena. «¿Habré de vivir el resto de mis días de este modo tan mezquino?», se preguntó el caballero; «¿acaso no podré ofrecerles nada mejor a quienes me han demostrado su lealtad?». Álvar Fáñez prefirió no acercarse a su señor, y permaneció en silencio, porque comprendió que de nada servirían aquella noche unas palabras de consuelo. Sabía que el corazón de don Rodrigo rebosaba de dolor y angustia, y que su pensamiento estaba puesto en el recuerdo de doña Jimena y de sus pequeñas hijas.

De repente, la tierra se echó a temblar y los pájaros abandonaron con temor las ramas de los árboles. Un canto similar a los que suelen oírse en las tabernas pasada la medianoche empezó a distinguirse antes de que un pesado carromato hiciera su aparición en el camino. Lo conducía un hombre de piernas arqueadas que sacudía con energía las riendas para animar la marcha de sus dos desganados caballos. Tras el carro cabalgaban grupos de hombres armados que charlaban, discutían y se unían de vez en cuando al estribillo de la canción del cochero.

Álvar Fáñez se incorporó de un salto y desenvainó la espada, imaginando que el rey había enviado tropas para expulsar a don Rodrigo del territorio castellano. Pero el de Vivar abrió sus brazos de par en par y saludó al cochero con un grito de entusiasmo:

—¡Martín, bendito seáis tú y tu alegre algarabía! ¡Con tus canciones acabarás por despertar al rey, allá en León! ¿Qué es lo que te lleva a abandonar Burgos cuando las tabernas están ya abiertas? Vamos, siéntate a cenar con nosotros si te apetece beber agua y comer aire...

El burgalés Martín Antolínez bajó del carro y replicó:

—Vaya, yo que tenía la intención de comer pollo asado y pan recién hecho... Veamos qué se [Accede al catálogo de Literatura 2020](#)Empezaré por aligerar el peso de mi carro, porque en caso contrario reventará por las costuras. ¡Aquí hay provisiones suficientes para llevaros a vos y a vuestros hombres a la India y volver!

—¿Acaso no has visto, mi querido Martín, el edicto del rey que prohíbe a todo el mundo ayudarme, cobijarme o facilitarme víveres?

—Bueno..., vos ya me conocéis, don Rodrigo, y sabéis muy bien que nunca conseguí aprender a leer. ¿De modo que el rey piensa confiscar mi casa? Pues que lo haga. ¿Acaso voy a necesitarla si parto a la aventura con el señor de Vivar? ¿Que decide sacarme los ojos?... No lo hará si le veo venir. ¿Que decide cortarme la cabeza?... Hace falta algo más que eso para lograr que Martín deje de cantar. Y no soy el único que piensa así: estos jóvenes que he traído conmigo sienten lo mismo que yo por el buen rey y su real edicto. Así están las cosas: nadie va a arrebatarlos las ganas de luchar a vuestro lado. Sabemos que la tierra de los paganos está cerca, llena de moros sin Dios, sentados en sus castillos de oro, y esa cercanía excita



Accede al catálogo de  
Literatura 2020

nuestro ánimo. Por eso os pedimos que nos hagáis sitio alrededor del fuego cuando acampéis. Hay más hombres, además de los pocos que os acompañan desde Vivar, que quieren probar cómo les sienta el exilio allí donde los inviernos son más cálidos.

Aquella noche las fogatas del campamento refulgieron con tanto esplendor que cubrieron las silenciosas aguas del río con un manto de oro. Don Rodrigo yacía en el suelo envuelto en su capa y observaba el grato flamear del fuego a través de sus párpados entreabiertos. Pronto los matizes dorados dieron paso al reflejo plateado de la luna, que también acabó por desvanecerse en el cielo. A don Rodrigo solo le quedaba un día para abandonar Castilla; cuando el plazo acabara, las tropas del rey caerían sobre él y sus hombres y apagarían todas sus fogatas. «Es un castigo tan severo por haber tirado de una barba...», se dijo don Rodrigo. Después, el caballero cayó en un sueño profundo y plácido, tan ornado con visiones como un castillo con banderas.

Soñó que el arcángel san Gabriel surgía de entre las aguas del río y se acercaba a su lado. A contraluz de la luna, don Rodrigo percibió el goteo de sus alas desplegadas.

[Accede al catálogo de Literatura 2020](#)

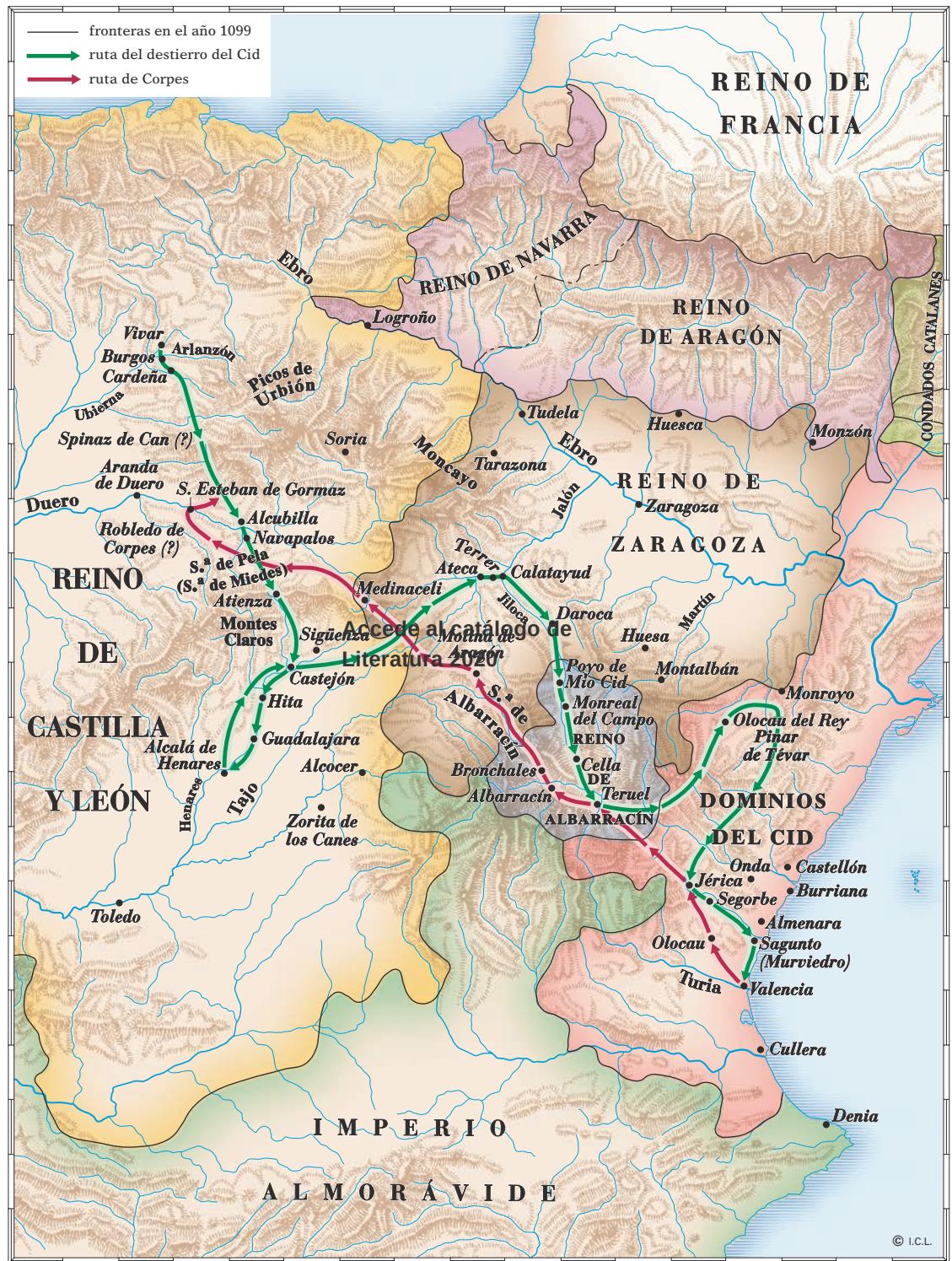
—Dios te salve, don [Rodrigo Díaz](#) de Vivar. El día en que tú naciste el mundo entero resplandeció y los planetas bailaron en el cielo de puro gozo. La cólera del rey es fiera, pero tu brazo lo es más. El viaje que ahora emprendes aumentará tu grandeza en lugar de menguarla. Así pues, levántate temprano y viaja lejos. Los ángeles del cielo te acompañan y vuelan en el tremolar de tus banderas al viento.

Y, según se dice, san Gabriel acarició la barba de don Rodrigo y toda su cabeza se rodeó de fuego.

Cuando don Rodrigo despertó, los primeros rayos de sol iluminaron su rostro. Se puso de rodillas para hacer la señal de la cruz, y sus dedos se detuvieron en la punta de su barba:

—Juro ante Dios que ninguna navaja tocará esta barba hasta que consiga glorificar a Dios y obtener el perdón de mi señor. Lo juro por mis hijas Sol y Elvira.<sup>12</sup>

Y, sin decir nada más, se puso en pie y sonrió al amanecer del nuevo día recordando la hermosura de su sueño.



**Accede al catálogo de  
Literatura 2020**



## VOCABULARIO

**abigarrada:** multicolor.

**acémila:** mula de carga.

**adarve:** camino situado detrás del parapeto y en lo alto de una fortificación.

**advenedizo:** se aplica a una persona que ocupa un lugar que no le corresponde.

**alcurnia:** abolengo, circunstancia de tener ascendencia noble.

**alborga:** calzado rústico parecido a la alpargata, hecho de soga o esparto.

**alevoso:** en la Edad Media, era el que cometía traición, entendida como la acción innoble que consiste en causar daño a un amigo o a quien confía en uno.

**alfanje:** sable corto usado por los musulmanes, de hoja ancha y curva, con filo solo por un lado.

**alféizar:** repisa que forma el muro en la parte inferior de una ventana.

**alforjas:** banda de tela fuerte que forma dos bolsas y se pone sobre las caballerías para transportar cosas.

**algarada:** ‘voicería grande de un tropel de gente’ y, también, ‘correría de una tropa a caballo’.

**aljibe:** cisterna, depósito de agua donde se recoge la de lluvia.

**almofalla:** en la Edad Media, el ejército moro, en especial cuando estaba acampado.

**almófar:** capucha de cota de malla que normalmente constituía la parte superior de la loriga y quedaba bajo el casco, protegiendo la cabeza.

**amedrentar:** asustar.

**andalusí:** habitante de Alandalús (la parte musulmana de la Península Ibérica).

**arrayán:** arbusto de hojas pequeñas y fruto en pequeñas bayas de color negro azulado, de las que se extrae el aceite de arra-

**Accede al catálogo de Literatura 2020**

**arredrarse:** asustarse, intimidarse.

**arsenal:** depósito o almacén general de armas y otros efectos de guerra.

**arzón:** pieza de madera que la silla de montar lleva en la parte anterior y posterior.

**asta:** vara de la lanza, que en la época del Cid solía ser de madera de fresno y medida de tres a cuatro metros de largo.

**atezadas:** morenas y lustrosas.

**atónito:** estupefacto, pasmado.

**baldón:** deshonra o vergüenza.

**barahúnda:** desorden acompañado de ruido y confusión grandes.

**barragana:** mujer legítima, pero de distinta condición social que su marido.

**basquiña:** especie de falda que las mujeres se ponían sobre las enaguas y otra ropa interior para salir a la calle.

**beldar:** aventar el grano con el *bieldo* (una



- 1 En 1079 (seguramente) Rodrigo Díaz fue enviado por Alfonso VI como embajador al rey Almutamid de Sevilla, a fin de recaudar las parias que éste le debía. Tales parias constituían un tributo que los reyes andalusíes pagaban a ciertos reyes o señores cristianos a fin de contar con su protección contra cualquier agresión, externa o interna. Al mismo tiempo, el rey castellano mandó otra legación con los mismos fines al rey Abdalá de Granada, la cual iba en cabezada por varios magnates de su corte, en especial García Ordóñez. Estando el Campeador en Sevilla, llegaron noticias de que el rey de Granada, ayudado por las tropas cristianas, preparaba un ataque contra la taifa sevillana. Desde la corte sevillana se intentó evitar el ataque mediante una carta en la que se aludía a la común protección del rey Alfonso sobre ambos reinos, pero en Granada se burlaron de tal argumento y se comenzó el avance sobre Sevilla, llegando hasta el castillo de Cabra, en la actual provincia de Córdoba. Enterado Rodrigo, lanzó un rápido contraataque, derrotó totalmente al ejército granadino y capturó a García Ordóñez y a otros caballeros castellanos, a los que liberó al cabo de tres

[Accede al catálogo de  
Literatura 2020](#)

días. A continuación, Almutamid entregó a Rodrigo las parias debidas y valiosos regalos para Alfonso VI y firmó con él un tratado de paz. Después el Campeador regresó a Castilla lleno de honor, si bien los cortesanos, molestos por la derrota en Cabra de uno de los suyos, empezaron a murmurar contra él, para indisponerlo con el rey castellano. Esta es la versión de la *Historia Roderici* (una biografía del Campeador escrita en latín a finales del siglo XII), a la que el *Cantar de mio Cid* añade que los cortesanos acusaban falsamente a Rodrigo de haberse quedado con parte del dinero recaudado en Sevilla.

- 2 *Ruy* es la forma acortada de Rodrigo, la que se empleaba delante del apellido. En la Edad Media éste variaba de padres a hijos y constaba de dos partes; la primera, el patronímico, era un derivado del nombre del padre (en este caso, *Díaz*, ‘hijo de Diego’); la segunda, el topónímico, indicaba el lugar de procedencia de la persona o el de su señorío (en el caso del Cid, *de Vivar*).  
3 El anciano rey al que se refiere don Rodrigo Díaz es Fernando I de Castilla (1035-1065), al que efectivamente



## PERSONAJES

**Abengalbón:** personaje histórico. Fue un caudillo andalusí documentado a principios del siglo XII, aunque es poco probable que fuese alcaide de Molina en la época de Rodrigo Díaz. En el *Cantar de mio Cid* es un fiel amigo y aliado del héroe, de modo que encarna la posibilidad de convivencia de los cristianos hispánicos y de los musulmanes andalusíes, frente a la hostilidad contra los invasores norteafricanos.

**Accede al catálogo de Literatura 2020**

**Alfonso:** personaje histórico, Alfonso VI el Bravo (1030-1109), rey de Castilla y León. Sucedió a su hermano Sancho II tras ser éste asesinado en el cerco de Zamora (1072). Durante su reinado obtuvo importantes logros políticos, entre los que cabe destacar la conquista de Toledo (1085) y la implantación de la reforma gregoriana en Castilla, que supuso la entrada de las nuevas corrientes culturales europeas del momento.

**Almutamid:** personaje histórico, Abulqasim Muhammad ben Abbad (1039-1095), titulado Almutamid, último rey de la taifa de Sevilla (1069-1091) y célebre poeta. Fue destronado por los almorrávides y desterrado a Marruecos, donde falleció en 1095.

**Álvar Álvarez:** personaje histórico que

aparece mencionado en la carta de arras de doña Jimena como sobrino del Cid. En el *Cantar* es uno de sus mejores caballeros.

**Álvar Fáñez:** personaje histórico (muerto en 1114), sobrino de Rodrigo Díaz. Pese a su parentesco, no acompañó al Campeador en el destierro, sino que hizo una importante carrera política y militar en la corte de Alfonso VI y de su hija Urraca I, bajo la cual llegó a ser gobernador de Toledo en 1111. En el *Cantar de mio Cid* actúa siempre como compañero inseparable, consejero y lugarteniente del héroe, quien lo denomina «mi brazo de recho».

**Babieca:** célebre caballo del Campeador. Según el *Cantar del Cid*, lo había obtenido en su combate contra el rey de Sevilla, cuando éste intentó recuperar Valencia tras su conquista por el Campeador, pero otras leyendas refieren que fue un regalo que le hizo su padrino siendo niño.

**Búcar:** personaje histórico, el príncipe almorrávide Abu Bakr ben Ibrahim Allatmuní, cuyas tropas acudieron en otoño de 1093 para ayudar a Valencia cuando estaba sitiada por el Campeador, pero se retiraron sin llegar a combatir.

**Accede al catálogo de  
Literatura 2020**

# ACTIVIDADES



Accede al catálogo de  
Literatura 2020

**Accede al catálogo de  
Literatura 2020**



# 1

## GUÍA DE LECTURA

**1.1** Ignoramos las razones que, en el *Cantar de mio Cid*, impulsan al rey a desterrar a don Rodrigo, ya que el manuscrito del poema carece de la primera hoja; no obstante, en *El Cid* se ha dramatizado el motivo del destierro partiendo del **enfrentamiento entre el conde Ordóñez y el héroe burgalés**.

- a) ¿En qué contrasta la figura de don Rodrigo con la de los nobles presentes en la cena? (pp. 27-28)
- b) ¿Cómo se produce el enfrentamiento entre el conde Ordóñez y el Cid? Según el esquema de valores de la nobleza de la época, ¿tiene el conde motivos para sentirse ultrajado? (véase las notas 5 y 6)
- c) ¿Qué castigo impone el rey al Cid? ¿Es demasiado riguroso? ¿Por qué? (p. 40; véase nota 8) ¿Cuáles son las verdaderas razones de los insultos del conde Ordóñez al Cid y de la severidad del rey?
- d) ¿Qué sentimientos encontrados muestra el monarca por don Rodrigo?

El **Cid** es un héroe épico, pero, al mismo tiempo, un personaje **profundamente humano**.

- e) ¿Cómo reacciona al despedirse de su familia? (p. 47)

A su llegada a Burgos, don Rodrigo y su mesnada encuentran una ciudad desierta. Solo una niña se atreve a salir y dirigirse al héroe de Vivar.

- f) ¿Por qué crees que ocurre así? ¿De qué le informa la niña? (pp. 49 y 51)  
¿De qué cobra conciencia el Campeador?

Los habitantes de Burgos, sin embargo, sienten simpatía por el héroe.

- g) ¿Qué significado puede atribuirse a la frase de los burgaleses: «¡Qué buen vasallo sería... si tuviese buen señor!»? (p. 51)

**Martín Antolínez**, uno de los pocos personajes ficticios de la obra, aparece providencialmente en socorro del Cid y de su mesnada. A partir de este momento se convertirá en uno de los más leales caballeros del Campeador.

- h) ¿Por qué razón se unen Martín Antolínez y sus hombres al Cid? ¿Qué peligro están dispuestos a correr? (pp. 52 y 54)

Antes de abandonar Castilla, don Rodrigo decide proveerse de fondos, y para ello **engaña a los prestamistas Rachel y Vidas**. El episodio constituye un motivo tradicional, el del **burlador burlado**, que hunde sus raíces en la narrativa folclórica.

- i) ¿Por qué podemos decir que Rachel y Vidas son burladores burlados?  
j) Don Rodrigo, para salvar su honestidad, insiste en que no ha mentido a los judíos a la hora de hacer el trato. ¿Crees que lo que dice es cierto? ¿Por qué? (p. 60) ¿Diseño el Cid de caudales? (p. 47)

#### Literatura 2020

**1.2** Desde **el inicio del destierro**, el Cid comienza **su actividad bélica** con dos fines principales: conseguir dinero para mantener a su ejército y realizar hazañas gloriosas que le ayuden a restaurar su honra. Sus primeros combates presentan una clara **progresión** de menor a mayor dificultad.

- a) Señala dicha progresión en los asaltos a Castejón y a Alcocer y, finalmente, en la batalla contra Fáriz y Galve.

Pese a que el anónimo poeta toma claro partido por el Cid, no por ello deja de mostrar su **piedad por los vencidos**.

- b) ¿Cómo pinta a los habitantes de Castejón antes y después del ataque cristiano? (pp. 61, 62 y 64)

El **botín** era en la Edad Media el mayor aliciente de la guerra. Como buen señor, el Cid lo reparte entre sus vasallos con justicia y equidad. Tras la conquista de Castejón, el propio don Rodrigo renuncia a la quinta parte que le



## 2

### DE LA HISTORIA A LA LITERATURA

**2.1** El *Cantar de mio Cid* es el máximo exponente de la literatura épica española y, al igual que otras obras del mismo género, está basado en hechos históricos. Podemos hablar, por tanto, de la existencia de un **Cid histórico** y de un **Cid literario**. La épica, cantada o recitada, se convertía muchas veces en «cantos noticieros» que narraban los principales acontecimientos para que fueran conocidos por todos. Repasa la sección «El Cid histórico» (pp. 7-21) de la Introducción.

[Accede al catálogo de Literatura 2020](#)

- a) ¿Cuáles son las similitudes fundamentales entre los acontecimientos vividos por el Cid histórico y los atribuidos al Cid literario? ¿Y las principales diferencias?

Lee el **índice de personajes** y averigua cuáles de ellos son históricos y cuáles literarios.

- b) ¿Qué tipo de personajes predomina? Entre los históricos hay algunos cuyos actos difieren de lo que verdaderamente ocurrió. Localízalos y señala lo que no coincide con la historia conocida.

**2.2** Aunque el *Cantar* altera algunos hechos históricos, refleja en cambio de manera muy fidedigna el **contexto social de la época**, sobre todo la **rivalidad** existente entre la **nobleza alta** y los **infanzones** o nobleza baja.

- a) ¿Qué personajes pertenecen a la nobleza alta? ¿Y cuáles a la baja? ¿En qué se distingue el comportamiento de unos y de otros? (p. 125)

- b)** ¿Cómo reacciona el conde Ordóñez ante las victorias y las conquistas del Cid? ¿Por qué? (p. 126)

El *Cantar* es deudor de una determinada ideología y pretendía transmitir la idea de un **pasado ejemplar** al tiempo que ofrecer unos modelos de conducta que sirvieran para actuar en la época en que se compuso.

- c)** ¿Con qué grupo de la nobleza se identificarían mayoritariamente los receptores del *Cantar*? ¿Por qué? ¿A quién le podía interesar que se produjera esta identificación? ¿Por qué?

**2.3** Además, el *Cantar* reproduce muy bien el **espíritu de frontera** que hacia 1200 (fecha de composición del poema) se forjó con la aparición de un nuevo grupo social, el de los hombres libres de la frontera, que se regían por un derecho propio. El rey, para afianzar su propio poder frente a la alta nobleza, apoya las actividades de estos hombres que se enriquecen rápidamente con los botines procedentes de los saqueos realizados en los territorios musulmanes limítrofes y con las conquistas de nuevas tierras.

- a)** ¿Cómo se refleja el espíritu de frontera en el libro? (pp. 63, 65 y 70)

#### Literatura 2020

De igual modo, el *Cantar* recrea perfectamente las **relaciones entre cristianos y musulmanes** durante la Reconquista. Las enemistades y amistades no siempre iban ligadas a la religión, ya que podía haber rivalidad entre cristianos y sintonía con los moros por propios intereses políticos y económicos.

- b)** Pon ejemplos de mala relación entre cristianos y de amistad entre éstos y los musulmanes (pp. 88, 90 y 115).

**2.4** Otra de las características del *Cantar* es su **verismo geográfico**, ya que los lugares del interior de la Península citados demuestran que el autor conocía muy bien la zona mientras que los relacionados con el Levante español sugieren que el autor tenía información de primera mano, si no un conocimiento directo.

- a)** Consulta en el mapa (p. 194) los lugares por los que pasa el Cid hasta llegar a Valencia (pp. 61, 67, 83 y 101) y los que recorren los infantes en su vuelta hacia Castilla (pp. 150-151). ¿Hay alguna coincidencia?



## 3

### TEMAS, PERSONAJES Y COMPOSICIÓN

**3.1** El **tema principal** de la obra es la exaltación de la honra ganada por el esfuerzo personal frente a la honra heredada propia de la alta nobleza. Por ello el eje fundamental del *Cantar* es la recuperación de la honra del Cid; primero tiene que recuperar su **honra «pública»** o política y después su **honra «privada»** o familiar.

- a) Al finalizar el combate contra el conde de **Antequera**, el Cid afirma: «Me quitaron las tierras y mi familia, pero hoy soy rico y poderoso, he recuperado el honor y tengo por yernos a los infantes de Carrión» (p. 144). ¿Qué tipo de honra ha recuperado el Cid en este momento? ¿Sobre qué se sustentaba dicha honra?
- b) ¿Qué motiva la pérdida de su honra privada? ¿Cómo logra su recuperación? (p. 171)
- c) El camino que realiza el Cid de Castilla a Valencia le lleva a la recuperación de su honra. ¿Les ocurre lo mismo a los infantes de Carrión cuando parten de Valencia hacia Castilla?

Un aspecto muy relacionado con el tema del honor en la Edad Media era la barba, considerada como símbolo de honra y virilidad. Por ello **mesar la barba**, es decir, intentar arrancarla o simplemente tirar de ella, suponía un gran ultraje considerado por las leyes medievales como una ofensa grave.

- d) ¿Cómo afrenta don Rodrigo al conde Ordóñez? (p. 40) ¿Por qué decide el Cid, por su parte, no cortarse la barba? (pp. 54 y 118)

**Accede al catálogo de  
Literatura 2020**